

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

UN GIRASOL PARA MARCO ANTONIO MONTES DE OCA*

Honramos hoy a un poeta excepcional, a uno de los que de veras cuentan en el ámbito de la poesía contemporánea en nuestra lengua: Marco Antonio Montes de Oca. Lo conocí, hace ya más de cuarenta años, en el polvoso pasillo de una oficina de burócratas soñolientos. Lo vi como un alto chorro de imágenes, de luces y de obscuridades, de astros y de ágatas, de infantiles globos de colores y de planetas taciturnos, de claveles y de girasoles, de risa roja y ocre de fruta y de ira color de llama. Desde entonces Marco Antonio no ha cesado de asombrarnos con sus descargas poéticas—descargas eléctricas que no matan sino que vivifican. Año tras año, con el girar de las estaciones, ha dejado caer, sobre el asfalto de esta ciudad, poemas que transforman el desierto urbano en jardines de agua y plantas de jade. A Moctezuma le habría encantado pasearse por esas espesuras de reflejos, atravesadas por el destello rápido de los pájaros. Los poemas se juntaron en libros, los libros se echaron a volar y cubrieron de alas el alto cielo de México. Montes de Oca descubrió, contra el *polumo* que nos ahoga, una artillería poética: sus poemas. Más tarde, obediente a la ley de metamorfosis que rige a su poesía, los poemas se volvieron formas visibles, colores y volúmenes: cuadros y esculturas. Poesía para ver y tocar, poesía para comer y bailar y cerrar los ojos para ver y abrirlos de nuevo para saludar al mundo —poesía para vivir. Gracias, Marco Antonio, por ese gran chorro de vida que durante tantos años nos ha sustentado y animado. Nos

* Leído el 7 de febrero último, durante el acto de apertura de la exposición *Tierra y tiempo*, pintura y escultura de Marco Antonio Montes de Oca, y de presentación de *Pedir el fuego*, reunión de la obra poética completa del autor.

iremos, como todos, pero tus poemas seguirán dando de beber y cantar a los que vengan después de nosotros. ✽

OCTAVIO PAZ

ELOGIO DE MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

No es exagerado afirmar que en Marco Antonio Montes de Oca la facilidad enorme para escribir poesía ha guardado la misma aptitud y el mismo centelleante alboroto desde el primero hasta el último de sus libros. Él—como creador de imágenes—no ha cambiado nada, sigue siendo el mismo desde hace cuarenta años cuando apareció *Ruina de la infame babilonia*, no ha envejecido ni siquiera un poco y el vigor de su escritura es opuesto al paso del tiempo que toda persona necesariamente acusa. Es posible ir todavía más lejos y señalar que no puede dejar de provocar asombro cómo él ha logrado resguardar bajo la forma de un don inexplicable la euforia y el tropel de su juventud. Algunas veces—se ha dicho—los poetas viejos son en realidad poetas jóvenes, queriendo significar con ello que la plenitud surge del tiempo o de la introspección o del ejercicio repetido y dando a entender asimismo que el joven en la mayor parte de los casos es rígido por falta de trato. O como dice Heberto Padilla en su poema "Relevo" "...en poesía, / la juventud sólo se alcanza con los años". La conclusión, en este pensamiento, es que la espontaneidad es fruto de lo no espontáneo, que lo ligero es un producto si no de lo pesado sí de un cierto espíritu grave. Me parece que en este razonamiento hay—no cabe duda—una verdad pero también entraña un error, pues los buenos poetas no son buenos necesariamente por poseer eso que es característico de la juventud. En realidad, el paso suelto o la carrera imprevista sólo pertenece a

unos cuantos. De muy pocos poetas podríamos decir que al leerlos nos dejan esa sensación que produce no sólo una escritura viva sino con exceso de oxígeno y llena de saltos, fácil como es fácil caer y levantarse en el tropiezo que es precisamente lo que puede hacer todo el tiempo un joven. Es cierto que en algunos autores hay un movimiento peculiar que sucede de una manera muy sencilla, pero lo que vemos no es la facilidad de la juventud (esa combinación de fuerza excesiva con una agilidad también excesiva), sino el tono directo y áspero del escepticismo o el gesto fuerte e inevitablemente atractivo de una franqueza sin ningún reparo. Me parece que esto es lo que podemos observar, por ejemplo, en Jaime Sabines. En este poeta mexicano hallamos esa forma tan especial de la libertad de quien ha decidido no enmendarse, no dejar de ser él mismo o que la búsqueda de su yo sucede en esta decisión de no corregirse y transformarse, por decirlo así, en incorregible. La materia de la poesía de Jaime Sabines es el error deliberado, la incorrección necesaria, casi podríamos decir el desbarate como forma de liberación y como forma de escape de los pruritos morales e intelectuales. Una escritura sin el deseo de aproximarse a la idea de armonía y perfección, es decir, sin ningún auto-centramiento y más bien al contrario con una conciencia del lado vencido de las cosas. La facilidad de Jaime Sabines no es facilidad y tampoco es lo que con frecuencia llamamos la sabiduría de todos los días. Lo que hallamos en Sabines es la autenticidad en su forma necesaria o forzada que consiste en decir que él no puede ser de otra forma, ni siquiera *De otro modo lo mismo* como ha dicho Rubén Bonifaz Nuño de su propia escritura en el certero título que reúne sus libros. Sabines muy bien podría escribir como escribió Luis Miguel Aguilar *Todo lo que sé* y mejor todavía, en el sentido contrario, podría

sostener la sentencia opuesta "todo lo que no sé". En cambio, en Marco Antonio Montes de Oca lo que hallamos es la facilidad como talento; una facilidad que no importa si es verdad o error, si ha sucedido o nunca va ocurrir, si tiene que ver con una certeza interior o con el mundo de las ocurrencias pensadas en silencio o en voz alta. Todo lo que dice Marco Antonio Montes de Oca posee en una dosis considerable algo de simplicidad avasallante y, al mismo tiempo, la fortuna de estar con júbilo a pesar de toda la tristeza que puede suceder; posee un don iconoclasta y a la vez imposible de no compartir porque nos arrebatara con sus chiflones y silbatos. Con su trajín tumultuoso, con su pesado paso eufórico de minero abrumado que le permite formular a cada momento una "Declaración de independencia", él se sorprende de sus propias sorpresas y nos dice:

¿Por qué habría de asombrarnos
la cuadrícula en el agua
o el silencio que limpia el exceso de
la luz?

Este movimiento de admiración por las cosas y, sobre todo, de sorprenderse de la sorpresa es en donde está la operación esencial de esta escritura. Uno podría pensar que toda la poesía tiene como ingrediente esencial el sentimiento de asombro. Pero no es así. No en todos los poemas el asombro juega el mismo papel y probablemente este factor no sería suficiente para explicar lo particular de un gran número de libros. Habría que distinguir en una buena parte de nuestra poesía entre retórica imaginativa y verdadero asombro. En cambio, en Marco Antonio Montes de Oca, la sorpresa si tiene un valor sustancial, ella es la explicación —si es que hay una explicación— de sus palabras. En un exceso tautológico o en un mini-retruécano podríamos decir que en él la sorpresa se sorprende o que en él la sorpresa tiene una circulación de ida y vuelta en el sentido de que ella es el sujeto y el objeto de sí misma, un espejo ahogado en la metamorfosis de las imágenes y que él como muy pocos le ha dado concreción en nuestra poesía a ese estado de repentina curiosidad y paso de una cosa a otra sin razón y concierto y que él, como nadie, se ha mantenido

en esa línea sin abandonarla por un sólo instante, permitiéndonos alejar de las flores de maceta de una literatura complaciente y relamida. La poesía de Marco Antonio Montes de Oca nos plantea una interrogación admirativa, una interrogación admirativa que se abre sobre sí misma repitiéndose en espirales. Es decir, él pasa de una pregunta a otra, de una exclamación a otra de un modo atrabancado y sorprendente. Un ritmo de estampida o el trote ágil de la familia de los rinocerontes. La fuga y la expectación en él es una forma de ser. Su capacidad para ojear de pasada todas las cosas, como si éstas estuvieran saliendo del polvo original, me parece que no tiene equivalente en el proceso de creación de nuestra poesía. Sé que en nuestra tradición hay otros poetas que han mirado a la realidad con ese ojo de un carácter si no primitivo sí del primer momento, del primer día. Sobre todo no puedo dejar de pensar en Carlos Pellicer, quien era capaz de ver al mundo sin nombres y por tanto sin pensamientos con unos ojos limpios de ideas. Pero la mirada de Pellicer ve al mundo en su estado de creación formada. Pellicer alaba la creación en armonía consigo misma. En cambio, Montes de Oca aplaude a cada ser y a cada cosa como si él fuera el testigo de su concepción. Su estilo entre surrealista y barroco, es decir, entre el chorro de las asociaciones inesperadas y la proliferación que puebla el vacío, responde a este impulso de curiosidad entre sagrada y telescópica. Desde este punto de vista me parece que su poesía es una escritura más de los seres que se están gestando que de su aparición ante nuestros ojos. La anunciación y no tanto la epifanía. Sin embargo, como él es un joven verdadero, aunque se dispersa no pierde el centro, aunque se diluye en los otros y sobre todo en lo otro no extravía su yo. En el devenir de su escritura, él no ha dejado de ser masivamente él mismo y en su poesía aunque podemos observar las correspondencias del mundo, miramos más que nada la soberanía del sujeto. Enunciar, acumular enunciados, multiplicarlos es para Montes de Oca la manera de mostrar el hecho de que todo está en germinación y que lo imprevisto, lo que no hemos imaginado, también rige la naturaleza de las

cosas. Pero asimismo es la manera de enseñarnos un yo que ha roto la realidad para hacerla más rica. Montes de Oca ha golpeado la realidad con su portentosa imaginación que no es martillo sino un mazo que él arrancó de un árbol inexistente. La ha golpeado y la ha roto muchas veces. Los incontables fragmentos están ahí.

VICTOR MANUEL MENDIOLA

NOTICIAS GREMIALES

Cuentan que el notable quinta columnista Bebé Avidez Tequila redacta sus olorosos artículos con la cabecita recubierta por un pasamontañas color mamey que le ha tejido una antigua secretaria de Ciencias Políticas: prepara un "Chiapas cultural". Sus rojizos ojitos de estrategia emérito brillan en la selva urbana.

Parece que la Secretaría de Hacienda ha tranquilizado al indignado crítico Elbodrio Cargante asegurándole que sus impuestos no serán utilizados para pagar becas a extranjeros. Irán a la partida de drenaje profundo. Mamífero tenaz, ha solicitado, dicen, un empleo en la oficina de Inmigración.

Venezolano con FM2, No. 297018

NUEVO NOVO

La moderna cultura mexicana no es ajena al antiguo ritual de los enmascarados. De El Santo al Subcomandante Marcos se extiende una rica tradición. En este juego de ocultamientos no podía faltar la presencia de los escritores, de aquellos que queriendo mantener en secreto su identidad recurren al seudónimo. Todo seudónimo es casi un nombre; casi, porque detrás de un texto, un poema, sólo se encuentra una palabra, dos, tres que le dan paternidad. Lo curioso es que la frecuencia de su uso muchas veces da al traste con el "verdadero" nombre del escritor ¿Alguien reconoce a G. de Kostrowisky frente a Apollinaire o a Lucila Godoy frente a Gabriela Mistral? Tal vez muchos podrían reconocerlos pero pocos se atreverían a decir que los *20 poemas de amor y una canción desesperada*

pertenecen a Nefthalí Reyes. En estos casos el seudónimo equivale a un segundo nacimiento. Pero no todo seudónimo acompaña a quien decidió acuñarlo hasta el final de sus días. José Juan Tablada diseminó por lo menos doce que dejó morir en el silencio de las hemerotecas.

Entre 1922 y 1923 apareció en México una extraña publicación dirigida no a los "tranviarios" del D.F. —como escribió Miguel Capistrán en *La Jornada* del 13 de enero— sino a los choferes de camiones y automóviles colectivos. Era extraña pues lo mismo circulaba en gasolineras y vulcanizadoras que en las tertulias literarias de los cafés de entonces. Se llamaba *El Chafirete*. Este "semanario fifi, escrito en prosa pero con mucho verso" fue hechura de Salvador Novo, que firmaba con el seudónimo de Radiador. Ya viejo, el autor de *Nueva Grandeza Mexicana* recordaba su colaboración en ese "curioso periódico semanal que divertía muchísimo a Julio Torri" como la "puntada" de un homónimo y contemporáneo suyo.

La participación de Novo habría pasado inadvertida para buena parte de sus lectores de no ser por la polémica que sostuvo en 1929 con el escritor guajuatense Rubén M. Campos. Novo escribió ese año en *El Universal Ilustrado* "un artículo de escándalo" de acuerdo con el anuncio de la publicación: "Generaciones anecdóticas". En él calificaba a la novela de Campos, *Claudio Oronoz*, de "ignota, húmeda y agotada" y a su autor de culto, poco inteligente, falto de método y de recolectar "sandeces" para su anecdotario. La respuesta de Campos, "La novísima espuma literaria" tampoco careció de virulencia: llamó a la literatura de Novo "glosas lamentables de lugares comunes", "niñerías bobas de ingenuidad ridícula", variaciones de ventrilocuo que abortaron una intelectualidad fracasada. Y para descalificarlo "moralmente" reveló que Novo era el autor de la "Oda a la Matildona", "precauidamente firmada con el seudónimo de Radiador" y que apareciera el 3 de junio de 1923 en *El Chafirete*. De esta oda que según Campos escandalizaría a las impúdicas deidades Volupia, Perfica y Libertia, sólo tenemos referencias y la sospecha de que el tono en que fue escrita semeja a este "Madregal Neumático" firmado por Radiador:

Érase un chafirete enamorado
de una gata de Roma que tenía
en el ojo derecho algo nublado
y en los rincones jugo de sandía

Y sucedió que un día
la gata susodicha,
la del ojo llorón
como comió salchicha
tuvo un retortijón
y estaba meditando en el retrete
y no pudiendo más el chafirete
tras ella entró... mas lista como rata
se le salió la gata y dio un chillido
y el chafi que salió tras de la gata
de un golpe de aire se quedó torcido.

No pocos lamentamos que se conozca más la vida de Salvador Novo que su obra, pero lamentarse no basta. Volvamos a su obra. Pero su obra ¿se reduce a sus libros? No, sin duda. Hace falta una antología de sus textos periodísticos. Una antología que lo mismo incluya sus crónicas publicadas, por ejemplo, en *El Heraldo* y *Novedades* que algunos de los textos que publicara en otros diarios y revistas con seudónimo (si en *El Chafirete* fue Radiador en *El Sol* Yancuquemones). Pero no sólo eso: tendría que incluirse también una selección de los abundantes editoriales que escribió para *Excelsior*. Estos últimos nos acercarían al pensamiento político de Novo. No creo que los editoriales que escribiera sobre la movilización estudiantil del 68 o sus opiniones sobre las dictaduras del Eje resten mérito a su obra. A una obra que revitalizó el lenguaje periodístico y ensanchó el paisaje de la poesía mexicana.

JAVIER ARANDA LUNA

PSICOLOGÍA DE LIBRERO

Tal vez hasta hace unas décadas existía en México una cultura del libro de viejo. Quiero decir, una cultura alimentada por la curiosidad de inquietos lectores cuya característica común era su necesidad de poseer primeras ediciones, rarezas bibliográficas o, simplemente, encontrar aquel ejemplar esquivo de una edición ya agotada en el mercadeo corriente y, por lo cual, acudir a las librerías de Donceles, Argentina, Hidalgo, la Lagunilla u otra calle del ahora Centro Histórico de la ciudad

de México. Sitio éste en el que Amado Vélez, Fernando Rodríguez, Ubaldo López y los Porrúa, por citar algunos nombres de célebres libreros, tendieron plaza para el gozo de Reyes, Cosío Villegas, Novo, Arreola, Alatorre, etc.

Es probable que a este peculiar placer bibliófilo ayudara no sólo la promesa de un eventual hallazgo (alguien me asegura, por ejemplo, haber visto hace unos años y en una de esas librerías el *Aspects Médicaux de la Torture Chinoise...* de H.L. Farabeuf) sino, también, aquella atmósfera de amable sociedad secreta entre comprador y librero que, hoy en día y según mi experiencia, parece ya haber desaparecido.

El lugar de este tipo de libreros ha sido suplantado por una subespecie de aquellos "taladradores psicológicos" que el español Javier Marías define muy bien en su volumen más reciente: "No saben nada de su mercancía, pero son taladradores psicológicos, que han aprendido a interpretar el ligerísimo temblor de los dedos que van hasta el lomo de un libro determinado [...], o perciben la rapidez con que nos aferramos a ese libro deseado e inencontrable, como si temiéramos que justo entonces [...] fuera a aparecer el más rauda guante de otro cazador que nos lo arrebatara. Ante esos discípulos de Sherlock Holmes uno se siente, por tanto, vigilado como un preso que sale al patio y se sabe espiado por el guardián hasta el menor de sus movimientos y gestos. Ante esos libreros uno debe recuperar, en defensa propia y de su bolsillo, el arte del disimulo" (*Literatura y fantasma*, 1993).

La diferencia con el espécimen que describe Javier Marías (habla de los libreros de viejo de Buenos Aires) radica en que, para honra de nuestros representantes del Centro Histórico, los mexicanos sí saben lo que tienen y, por lo mismo, actúan con suma frialdad a la hora del trueque. Para ellos, incluso, cualquier antigüalla (léase una edición anterior a la década del 50) sin valor literario real es una joya; un portento cuyo precio desalentador, si es necesario y por si falla el natural psicológico, será confirmado por el juicio *instant ramen* de una PC implacable.

Quizá la decadencia de aquella atmósfera creada por lo que llamé una cultura del libro de viejo comenzó a declinar la primera mitad de este nues-

tro siglo XX mexicano. Por lo menos así pareció advertirlo, entre otros, Efraín Huerta: "a las calles de Paraguay llegaron los bibliógrafos y comenzaron a enseñar a los libreros qué cosas valían la pena, y ya para 1945 fue imposible conseguir nada que valiera, como no fuera a precio de oro" (*Aquellas conferencias, aquellas charlas*, 1983). ✽

DAVID MEDINA PORTILLO

EL GABINETE DEL DOCTOR MORA

El Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora se ha consolidado como un importante espacio para la investigación y divulgación de nuestra historia. El catálogo de publicaciones del Instituto Mora resulta del encomiable esfuerzo de unir la investigación histórica de alto vuelo con la divulgación histórica para jóvenes lectores y público en general.

Del primer tipo de encuentros con el pasado, valen mencionarse las compilaciones *Frontera e historia económica* —que traza la radiografía histórica de nuestra frontera norte— en coedición con la UAM; *Los negocios y las ganancias* —que recorre las transacciones crediticias y comerciales desde la Colonia hasta el México moderno en coedición con el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM—, y *Las primeras jornadas Braudelianas*, que recoge seis homenajes en coro para el gran historiador francés Fernand Braudel, en coedición con la UNAM y el IFAL.

Por otro lado, Hira de Gortari Rabiela, director de este Instituto y Hugo Vargas Comsille, coordinador de sus publicaciones, han logrado imprimir al catálogo editorial de este Instituto un sano ánimo de divulgación en donde los recorridos por nuestro pasado se vuelven paseos atractivos, viajes con colorido y no meras aglomeraciones de fechas inspidas. Esto se ha hecho evidente en la edición de una colección titulada "El tiempo vuela". Se trata de un gabinete multicolor de una docena de títulos con textos de diversas plumas, bien escritos y bien editados que, acompañados de buenas ilustraciones de época,

no sólo invitan a conocer el pasado, sino que le imprimen un atractivo a la historia: recorridos literarios que, como los viajes, ilustran. *La vida de un niño en tiempos de la Independencia* de Victoria Lerner, *Las aventuras del paisano Yusef* de Angelina Alonso Palacios, *Versiones y diversiones de un cirquero* de Regina Hernández Frayuti, *Andanzas en la Sierra Tarahumara* de Graziella Altamirano. *Al servicio de su majestad imperial, un oficial de húsares en México* de Patricia Escandón, *Ignacio Cumplido —un impresor del siglo XIX* de Jaime Avilés y *Un niño de Anenecuilco* de María Eugenia Arias, son algunos títulos de esta afortunada colección en donde predominan mujeres investigadoras.

El gabinete editorial del Doctor Mora ofrece a los jóvenes lectores de su colección "El tiempo vuela", un ramillete de aventuras que ya no sólo recorren los grandes momentos de nuestra historia, sino que además muestran circunstancias y aspectos de nuestro pretérito que reciben poca o nula importancia en los almanaques de la historia oficial: *Un granito de sal*, escrito por Eduardo Flores Clair, recorre la historia del famoso condimento en México; Lorena Careaga Viliesid presenta *Pablo Ek, defensor de la cruz parlante*, la historia de la terrible Guerra de Castas en el sureste mexicano a través de la biografía de un muchacho maya de doce años de edad; *Un gran río: entre la selva y el mar*, es el título con el que Ximena Sepúlveda recorre la corriente, en el tiempo y en la geografía, del enigmático Usumacinta; y Guadalupe Villa, a través de las voces escritas de dos niños, secuestrados por Jerónimo, nos revela la historia de los indios apaches-chiricahuas en *¡Apaches!*

La docena de lecturas para niños y jóvenes lectores que forman el catálogo del Instituto Mora merecen nuestra lectura y una mayor divulgación. Su combinación con los otros títulos, de mayor especialización y erudición, conforman un gabinete editorial multicolor y atractivo que ya no es sólo excelente legado del gran historiador guanajuatense Mora, sino un atractivo ejemplo del oficio de historiador. ✽

JORGE F. HERNÁNDEZ

GAZAPO

En el número anterior de esta revista se omitieron algunas líneas en el artículo La corrupción italiana de Edward Luttwak, entre el final de la página 19 y el primero de la 20. Las reproducimos ahora:

Ahora bien: la existencia misma de esas ligas llamó la atención sobre la estructura del Estado italiano. En un mundo en el que todas las grandes democracias son ya federales o están en gran medida descentralizadas —incluso Francia, que tiene la reputación de ser una e indivisible, tuvo que extender los poderes de sus consejos regionales—, el Estado italiano centralizado aparece como una excepción y una anomalía flagrante. Sólo Japón tiene un centralismo semejante, pero allá las exigencias de autonomía local son reducidas puesto que la administración pública es particularmente eficaz. Los servicios que provee son de una alta calidad y tienen precios moderados, desde el sistema de educación pública, que es el mejor del mundo, hasta las burocracias locales, ocupadas por funcionarios cumplidos, corteses y bien preparados.

Una vez que el mundo exterior descubrió qué débil era el poder otorgado a las regiones, las provincias y las municipalidades, y hasta qué punto eran prisioneras de los partidos políticos nacionales, cuya sede estaba en Roma, su opinión sobre las ligas cambió mucho, pasando del desprecio a la aprobación. Después de todo, ningún país está verdaderamente descentralizado, en el nivel del "Estado", del Land, del condado o de la municipalidad. Las ligas, que antes se consideraban racistas, reaccionarias y estériles, son vistas cada vez más como un elemento que libera a Italia del centralismo de la era fascista, perpetuado por el consenso cato-comunista. A la par de los magistrados que echan por tierra a la oligarquía de los partidos, a los magnates sin fe ni ley y a los padrinos de la mafia, las ligas se han convertido en los verdaderos revolucionarios de Italia.